

ENTRE NUBARES Y KEVORKES

En esta nueva entrega de mis andanzas beirutíes os quiero contar algunas cosillas de mi vida cotidiana: mi barrio, mi casa, mis compañeros. Espero que de esta forma os pueda ayudar a la “composición de lugar” de lo que es la vida en el Líbano. Ya sé que estáis deseando tener más noticias del Atlético Bourj Hammoud (al parecer ha sido lo más comentado de la primera crónica) pero tendremos que esperar hasta la siguiente entrega.

Vivo en la comunidad “St Grégoire”, pero no el magno sino “el iluminador” que para los que no lo sepáis fue uno de los principales evangelizadores de Armenia gracias al cual ésta se erigió como el primer reino cristiano del mundo (305 d.C.). Tras el genocidio armenio por parte de los turcos, del cual se cumplen cien años en 2015, muchos buscaron refugio en el Líbano formando asentándose en diversos barrios de Beirut. En los años 30 los jesuitas de Oriente Próximo decidieron abrir un colegio en el barrio de Geitaoui para la comunidad armenia católica de Beirut. Nuestra casa está dentro del colegio, lo que está muy bien porque los colegios dan mucha vida, pero al mismo tiempo mantiene una cierta independencia ya que tiene una entrada independiente por lo que no tienes que estar atravesando el colegio cada vez que llegas a casa. Se parece a la casa del Noviciado en San Sebastián (para aquellos que la conozcáis). Por un lado la casa da a la calle pero por el otro da al colegio, pudiendo entrar por cualquiera de los dos lados.



Letrero trilingüe a la entrada de mi casa

Como curiosidad deciros que el último jesuita que fue destinado a la misión armenia fue un tal Peter-Hans Kolvenbach, el cual vivió durante muchos años en la misma comunidad en la que ahora vivo yo. Y jesuitas armenios en todo el mundo hay cinco: el P. Kolvenbach (armenio de adopción), Victor Assouad (armenio por parte de madre) que vive en mi misma comunidad, Antranik Kourukian (escolar que vive aquí en Beirut), otro en Rusia (no conozco su nombre) y nuestro querido Nubar Hamparzumian en España.



De izquierda a derecha: Alexis, Samir, Victor, yo y Oliver

Mi comunidad es pequeña, la formamos solo cinco personas lo cual supone un gran cambio a mis últimos años en los que éramos alrededor de veinte en casa. El más veterano es Oliver Borg, jesuita maltés de 71 que lleva ya más de 40 en Oriente Próximo. En torno a los cincuenta están Samir al-Bechara (mi superior) y Victor Assouad (que acaba de terminar como provincial). Ambos son libaneses aunque Victor es un coleccionista de pasaportes (sirio, griego y armenio). En los cuarenta está Alexis Jalabert que es un sacerdote francés pero no es jesuita. Pertenece a un movimiento llamado “Communauté des Béatitudes” del que no sé muchas cosas (y las que sé no las voy a poner por escrito) pero que ha pedido un tiempo de discernimiento fuera de su comunidad y los jesuitas le hemos acogido generosamente. Por último un servidor, español de 29 años.

Solo cinco miembros pero de cuatro nacionalidades diferentes, con otros tantos idiomas y tres ritos distintos (latino, maronita y bizantino). Una pequeña muestra de la universalidad de la Compañía y de la riqueza de esta tierra.

En casa hablamos principalmente en francés y en árabe, bueno en árabe hablan ellos y yo escucho pero no os preocupéis que la cosa va *pa'lante*. Las clases se me dan bien pero luego la vida real es más difícil. A día de hoy me puedo comunicar pero tener una conversación es bastante más difícil. Lo bueno es que cada tarde puedo

practicar mucho árabe con los niños, lo que estoy comprobando que me hace mejorar mucho aunque a veces es un poco frustrante porque con el árabe da la impresión de que no avanzas (o más bien que no avanzas lo rápido que te gustaría).



La capilla de comunidad

La misa diaria es maronita, que es un rito oriental bastante parecido al latino (el nuestro), pero lo malo es que la liturgia es en árabe clásico por lo que sé qué está pasando pero no sé qué estamos diciendo. Las misas de rito oriental son más largas de lo que estamos acostumbrados (¡las de domingo llegan a unos extremos que serían inaceptables en Europa!) pero tienen su encanto. Si os gustan las misas tranquilas, que llevan su tiempo, con muchos cantos e infinitud de detalles entonces disfrutaréis de las misas de por aquí. Si por el contrario sois de los que cronometráis los sermones para ver si el cura baja su propia marca personal, entonces lo lleváis claro. Yo los domingos voy a la misa en inglés para descansar un poco de tanto incienso y porque además es una celebración que me

encanta. Un día os hablaré en profundidad de esa misa porque creo que merece la pena.

Ser una comunidad pequeña tiene sus cosas buenas como el ambiente familiar e íntimo que tenemos en casa. Además al ser cinco tampoco tenemos muchas necesidades por lo que podemos mantener una vida austera pero digna, intentando ajustarnos al máximo para poder vivir como viven aquellos que nos rodean. Nunca experimentaremos la pobreza de los miles de refugiados que hay en este país pero al menos nadie se escandalizará si viene de visita a nuestra casa. Ahora bien, ser cinco también tiene unas exigencias comunitarias grandes ya que no te puedes escaquear ni física ni afectivamente. En una comunidad grande si lo necesitas puedes pasar más desapercibido pero en nuestra casa todos somos fundamentales por lo que la vida comunitaria es realmente parte de la misión de cada uno de los que la formamos.

Lo único que echo en falta en comunidad es el poder compartir también los tiempos de ocio y descanso ya que mis compis no están para jugar al fútbol o han perdido el hábito de salir con otros jesuitas a tomar una cerveza o un helado. Por suerte en la otra comunidad hay bastantes jesuitas jóvenes con los que suelo salir al menos una vez a la semana a tomar algo pero he de reconocer que no es lo mismo. Hasta que no sales de España y conoces la realidad de la Compañía en otros países no valoras la suerte que tenemos, la normalidad de nuestras relaciones, la importancia de no ser solo compañeros sino “amigos” en el Señor. Yo me acuerdo mucho de mis con-novicios, desperdigados entre Londres, Salamanca y Valladolid, y aunque no llevo sus firmas conmigo sí que tengo nuestra foto en la mesa (junto a la de mi familia) que me recuerda el camino hemos recorrido hasta aquí y el que con Su ayuda seguimos recorriendo.



Comida con algunos de los escolares que andan por aquí

En la próxima entrega prometo contaros más cosas de mi trabajo con los refugiados, hasta entonces cuento con vuestro cariño y vuestra oración, sobre todo para esta tierra que está tan necesitada de paz y reconciliación.

Un abrazo,

Ángel sj